

**LA MÁQUINA
DIFAMATORIA**
MAYKEL RAFAEL
PANEQUE

PREMIO FRANZ KAFKA DE NOVELA 2023

Maykel Rafael Paneque
LA MÁQUINA DIFAMATORIA
Premio Franz Kafka de Novela 2023

Portada Jorge Pantoja Amengual
Design Iara Pierro de Camargo
Publicado por Ediciones inCUBAdora
/ Libri Prohibiti,
Senovážné nám. 994/2, 110 00 Praga 1,
República Checa, en la imprenta Carter,
Praga 4.
Primera edición

TRANSITION
Transition Promotion Program

— IN
CUBA
DORA

© Ediciones inCUBAdora / Libri Prohibiti, 2023
© Maykel Rafael Paneque, 2023
Author photo © Maykel Rafael Paneque
Design © Iara Pierro de Camargo, 2023
ISBN: 978-80-87656-48-8

CONTENIDO

1. EL SECUESTRO **9**
 2. LA RESIDENCIA **21**
 3. EL ASERRADERO **37**
 4. LA MUJER **51**
 5. LAS CIUDADES GEMELAS **68**
 6. EL POETA **89**
 7. LA SEÑORA SÍFILIS Y EL
SEÑOR GONORREA **104**
 8. EL INTERROGATORIO **133**
- SOBRE EL AUTOR 143**

7. LA SEÑORA SÍFILIS Y EL SEÑOR GONORREA

EL RECTOR. Sucederá en cualquier momento y no podré evitarlo. Qué suplicio.

LA DECANA. ¿Qué no podrá evitar?

EL RECTOR. Las tripas me están sonando.

EL MINISTRO. Apriete bien el culo, Ávila. Ya sabe, en el Ejército no andamos con blandenguerías.

EL RECTOR. ¿Estos brutos nos dejarán cagar al menos?

LA DECANA. Ya estoy toda orinada.

EL RECTOR. No pido comida ni agua. Solo que me bajen los pantalones y me dejen cagar.

NATHALIE. Me consume el acto de recordar, pero sin él no estaría donde estoy. Sin ese acto de recordar no sería quien soy. Nathalie, la hija de un hospitalizado.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

LA DECANA. Debimos salir con un *pamper* puesto.

NATHALIE. Me voy a recostar en el sofá. Me siento tan agotada.

VOZ DE MUJER. Respira despacio y estira los pies.

Eso, con los ojos cerrados es más relajante.

NATHALIE. Si pudiera escuchar su voz.

VOZ DE MUJER. ¿Qué voz?

NATHALIE. La de mi padre.

EL MINISTRO. No se ahorcó, ignorante. Lo ahorcamos antes nosotros. ¿No quería aletear como una gallina culeca por el patio? Pues ahí tiene, moquillo. Eso le diagnosticamos.

VOZ DE MUJER. De eso quiero hablarte. A mí a veces también me habla.

NATHALIE. ¿Mi padre? ¿Y qué te dice?

EL MINISTRO. Me están curando el papiloma y la varicocele. Eso dice, idiota.

VOZ DE HOMBRE. No abandones a Nathalie. Nunca.

VOZ DE MUJER. Nos vemos más de una vez a la semana, Julio. Hablamos mucho. De ti, de ella. Hasta de Marcos. No tienes que preocuparte.

NATHALIE. Ah, Marcos León.

VOZ DE MUJER. Y me ha pedido algo.

NATHALIE. ¿Sí?

VOZ DE HOMBRE. Ya es hora de que le entregues la carpeta, Josefina.

VOZ DE MUJER. ¿Hasta tú presentes mi muerte, Julio?

MAYKEL RAFAEL PANEQUE

VOZ DE HOMBRE. Recuerda que me llevó hace mucho. Sé bastante de ella.

VOZ DE MUJER. ¿Entonces ya es la hora?

VOZ DE HOMBRE. Sí, ha llegado el momento. Debe saber ya qué contiene esa carpeta.

VOZ DE MUJER. ¡Y cómo la ha buscado tu hija!

VOZ DE HOMBRE. Debe tener acceso ya a esas memorias de un balneario...

VOZ DE MUJER. ...sobre las tribulaciones de un enfermo.

EL MINISTRO. Ahí lo tiene. Una de las pocas historias clínicas que se nos fue de las manos. Quisiera echarle una ojeada. Puro sarcasmo contra las Unidades Médicas de Salvación. Puedo imaginarlo.

EL RECTOR. Debimos presentir su fuga.

LA DECANA. ¿Cuál era el cuadro clínico de ese tal Julio? ¿Paperas? ¿Otitis?

EL MINISTRO. Hay que ser autocríticos, compañeros. Tampoco previmos la fuga de esos cuatro auras que se fueron con él. Que conste. Burlaron la guardia médica. Fuimos el hazmerreír de esos fanticos.

LA DECANA. Embusteros. Llamándose La Cofradía. ¿Y eso para qué?

EL RECTOR. Para despistarnos. No hay dudas.

EL MINISTRO. Debimos aprovechar la gangrena y cercenarle las manos. En estos momentos no estuviéramos descifrando jeroglíficos. ¿Qué mierda es D.U.?

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

NATHALIE. ¿Qué letras mencionaste, Josefina?
¿Dijiste D.U.?

VOZ DE MUJER. Perdona, Nathalie.

NATHALIE. Entonces... ¿Siempre has tenido esa carpeta?

VOZ DE MUJER. No, pero sabía quién la tenía. Tomasito, el amigo de tu padre.

NATHALIE. ¿El de la Biblioteca Nacional?

EL MINISTRO. Ahí tiene a otro miembro de la manada, otro cegato que no supo ver los beneficios de nuestro gran esfuerzo. ¿Cómo se cura el vitiligo? Ahí voy, el vademécum es claro en el tema. Con sol y trabajo en el campo. ¿Y cuál fue el final de su tratamiento? Un rotundo fracaso: siguió con su vitiligo al aire libre. Quiero ver si el Tomasito le hace el cuento completo. Pregúntele cuántas arrobos cortó en La Granja. Una mierda, eso cortó. Con esas patitas cortas, esas manos torpes y esa nariz de elefante, eso cortó, una mierda. Tres arrobos por día. ¿Qué provecho sacó de la clínica y su tratamiento?, ¿a qué fue La Granja? Se lo puedo decir: a exhibir su vitiligo, a comer más de lo que producía, a leer y a escribir mierdas por la noche.

VOZ DE MUJER. Entre tantos libros y papeles, ¿había otro lugar mejor? A esos medicuchos degenerados jamás se les ocurriría buscar allí en el sótano de la Biblioteca Nacional.

NATHALIE. Pero... no entiendo, ¿por qué has esperado tanto?

VOZ DE MUJER. No quería que te metieras en problemas. Tenía... aún tengo miedo de su contenido. Si vieras cómo entraron esos medicuchos en casa de Marcos luego de que se fugara de ese lugar. Buscaban enloquecidos por toda la casa. Gritaban: «La historia clínica de Marcos León, ¿dónde la tienen escondida, cacho de idiotas?».

NATHALIE. Necesito que me ayudes a recordar aquella noche.

VOZ DE MUJER. ¿Cuál noche?

NATHALIE. Sabes a cuál me refiero. No es una noche cualquiera en nuestras vidas. Es La Noche.

VOZ DEL HIJO. Madre, tengo que dejar el hogar. Ojalá pudiera quedarme. Ojalá me dejaran.

VOZ DE MUJER. Nathalie, Nathalie, ¿por qué volver a esa noche amarga, interminable?

VOZ DE LA MADRE. Mi hijo no es un practicante, ni un ratero, ni un jugador de juegos de azar, ¿por qué ese uniformado serio aquí en casa ordenándome silencio?, ¿por qué el cepillo de dientes, sal ya, nada de despedidas, entra en la furgoneta? Mi hijo fue, es cierto, sietemesinos, pero ya es un adolescente sano. El uniformado me observa con curiosidad y pienso: me gritará quítese el vestido, enseñe los pechos. La mano hurgará torpe en mis pezones buscando sangre y no leche, pero el uniformado sólo me mira con asco y me dice puta, malagradecida.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

VOZ DE HOMBRE. ¿Quién iba a pensar que después de ver *La noche de los asesinos* me enviarían a otro teatro a ver otra función?

VOZ DE MUJER. Bueno, a ti y a tus amigos.

VOZ DE HOMBRE. Por ser asmáticos, autistas, diabéticos... y un largo etcétera.

EL MINISTRO. ¿No querían vivir el teatro como un gran sueño?, ¿contagiarse de noche, incluso de día, la papera, el reuma, la artritis? Ahí tienen. Función gratuita, butacas reservadas. Aún esperamos las muestras de gratitud. Fuimos sus benefactores, los galenos de su cuerpo y su alma. Que conste.

VOZ DE MUJER. A mí no me gustó nada que se llevaran a Julio sin previo aviso.

VOZ DE HOMBRE. Los hombres del futuro deberíamos ser sanos. Nada de escaras ni apendicitis. Cero herpes. Cero cirrosis. Nada de conjuntivitis ni escoliosis. Quirúrgicamente sanos.

NATHALIE. ¿Ni siquiera recibió algún telegrama? Digo, para asistir a la otra función.

VOZ DE HOMBRE. ¿Telegrama? Nos metieron en una furgoneta y nos llevaron para un descampado en las afueras de la ciudad. Allí, a la intemperie, nos raparon y nos dieron un número.

NATHALIE. Ah, el número de la butaca.

VOZ DE MUJER. ¿Butaca?

49. El número mío fue el 49.

58. El mío 58.

61. El mío 61.

92. Y el mío 92.

NATHALIE. ¿Cómo se llamaba la obra?

VOZ DE HOMBRE. «Peregrinación de los epilépticos al Valle San Juan».

EL MINISTRO. Ironías, no. La obra se llamaba «La peregrinación de los tullidos al Heroico Vietnam».

NATHALIE. ¿Era un estreno o una reposición?

EL MINISTRO. 49, su papel es el de hemofílico.

EL RECTOR. 58, su papel, el del tuerto que sufre glaucoma.

LA DECANA. 61, el suyo, el del que padece cirrosis.

EL RECTOR. 92, el suyo, el del atormentado por pancreatitis.

EL MINISTRO. ¿Listos para el ensayo?

49, 58, 61, 92. ¿A dónde nos llevan?

VOZ DEL HIJO. Lo terrible puede ser lo cercano a la memoria: el registro de la desfloración primera, el beso-imán-carne, ser parte de la caravana de los cuerpos hundidos, el nacer asistiendo al sacrificio de una paz remota. Ejercicios para maldecir al insomnio: no cerrar los ojos a la ventisca, negar los salmos que anuncian la Salvación, cruzar el desierto, los sueños, la nieve. Cruzar todo.

EL MINISTRO. No se me pongan ansiosos, ya sabrán pronto dónde van a actuar. Tienen garantizado público selecto y taquilla abarrotada. Ya pueden empezar a suspirar por el éxito.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

VOZ DE LA MADRE. ¿Mi hijo un impuro, un descendiente de Satán? Escuchen bien: no fue proxeneta ni pordiosero ni amante al paredón. Fue un poeta enamorado de los libros, un encandilado por las clases de un profesor de literatura. Un hombre feliz sobre la nada, eso me dijo antes de marcharse y se lo creí siempre. Aquí te espero, hijo. Nada urge. Que la paz y los medicamentos sean contigo.

49, 58, 61, 92. ¿Podemos enviar a casa un telegrama anunciando el éxito de taquilla?

VOZ DE MUJER. ¿Un telegrama del director del Sanatorio? Me enteré que estaba en La Granja por el mismo Julio. Me envió una carta.

NATHALIE. Qué nombre más feo para un Sanatorio.

VOZ DEL HIJO. Si bastara el arcoíris flotando tras la lluvia, yo sería feliz, un mudo solitario cantando los colores al mediodía. Pero me fue dada la melancolía por esparcimiento, a mí, a quien sufrir resulta tan fácil.

VOZ DE HOMBRE. Decían que nos concentraban lejos porque estábamos enfermos. La verdad fue otra. La verdad siempre es otra.

EL MINISTRO. La verdad es que llenamos de clínicas terapéuticas el Paraíso. Cada vez que abrían los ojos, ¿qué veían los enfermos? La luminosa mañana, ¡los colores del arcoíris cuando llovía! Que conste.

VOZ DE MUJER. Lo cazaron en una de esas redadas como si fuera un delincuente. ¿Qué culpa tenía tu padre de padecer tortícolis?

VOZ DE HOMBRE. También padecía hemorroides, Fefa. Marcos León, cáncer en la próstata y principio de glaucoma. Eso le diagnosticaron. Aquí está a mi lado. Les manda saludos.

NATHALIE. Pero mi padre, ¿se curó o no de la tortícolis y las hemorroides?

VOZ DE MUJER. ¿Curarse, dices? Ja. Cuando me reúna con él y lo vea, lo creo.

VOZ DE HOMBRE. Todavía padezco las dos enfermedades, hija.

NATHALIE. La Granja como hospital, clínica, sanatorio o lo que fuera, debió quedarse pequeña ante tantos pacientes.

VOZ DE MUJER. Quizá por eso duraron tan poco.

VOZ DE HOMBRE. Desmantelaron La Granja y los demás lazaretos por las protestas de la Cruz Roja Internacional. Acusaron a los médicos de tratar como enfermos a personas que tenían hasta catarro.

NATHALIE. En fin, un experimento fallido.

VOZ DE MUJER. Uno de tantos. Soy testigo de las veces que Julio intentó trabajar luego de su estadía en el Sanatorio.

VOZ DE HOMBRE. Empezaron a tratarme como un fantasma.

VOZ DE MUJER. Y volver al magisterio, ¡imposible!

NATHALIE. Con esa estancia en La Granja, cero

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

posibilidades. ¿Era literatura latinoamericana lo que impartía mi padre?

VOZ DE MUJER. Quizás, no recuerdo. Eso sí, tenía fijación con Cortázar, Vargas Llosa. Y sobre todo con ese tal Lihn.

VOZ DE HOMBRE. Tienes una memoria, Fefa. A Enrique Lihn lo conocí en un recital de poesía en la Unión de Escritores.

NATHALIE. ¿Lihn, el poeta chileno?

VOZ DE HOMBRE. El mismítico. «Nada es bastante real para un fantasma», «Nunca salí del horroroso Chile. Nunca salí de nada». Con esos versos basta para recordarlo.

EL MINISTRO. Ahí tienen a otro incurable. Poeta ni poeta. Un poetucho mierdero, si acaso. ¿No me creen? Asomen los ojos a sus versitos exaltados. Incoherencias. Pura palabrería. Ojalá pudiera gritarlo en voz alta. Insultos, mentiras. ¿Eso escribió contra la Campaña Sanitaria! Por eso le dimos el veredicto antes de mandarlo de regreso a su país. Impublicable, no gastamos tinta y papel en difamaciones. Que conste. ¿Qué le pasa, Ávila?, ¿por qué se retuerce así?

EL RECTOR. Lo siento, Ministro. Le he fallado. Ya está: me cagué en los pantalones.

EL MINISTRO. Ávila, el Alto Mando lo debe estar encuchando con la boca abierta. No dé más detalles. Espere a ser degradado apenas salgamos de aquí.

MAYKEL RAFAEL PANEQUE

ENRIQUE. Moco, los bultos no quieren soltar ni esta boca es mía.

JAVIER. Terminarán vomitando su pasado, tranquilo. El Mudo lo dijo: «no se impacienten, muchachos».

EL MINISTRO. Qué manía esa del presente de mirar constantemente al pasado.

LA DECANA. Ni que hubiera sido mejor.

EL RECTOR. Bueno, bueno, en cierto sentido lo fue. Y estuvimos a su altura. A la altura del pasado, quiero decir.

EL MINISTRO. Si no fuera por nosotros, el papiloma andaría pululando por ahí haciendo de las suyas. Por suerte lo erradicamos.

LA DECANA. Bueno, tampoco así. La verdad hay sus brotes, pero están controlados, Ministro.

EL MINISTRO. ¿Aún hay brotes? ¿De papiloma?

LA DECANA. Y de hemorroides también.

EL MINISTRO. Me entero ahora mismo.

EL RECTOR. Me han agarrado ya viejo, pero si Alto Mando me dijera dónde están esos brotes iría a erradicarlos. Instrumental hay, pero...

EL MINISTRO. ¿Qué?

LA DECANA. Controlas esas pandemias en un lugar y brotan en otro por arte de magia.

EL MINISTRO. Y esos brotes, ¿son en el campo o en La Capital?

LA DECANA. Le tengo una mala noticia, Ministro. Esos brotes son en el país. Están dispersos por donde quiera.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

EL MINISTRO. Al menos esos pequeños brotes están controlados. Lo dijo. La Campaña Sanitaria puede darse en el pecho y gritar una victoria, pequeña, pero victoria al fin.

LA DECANA. ¿Dije eso? ¿Que los brotes están controlados?

EL MINISTRO. La escuché clarito clarito.

LA DECANA. La verdad ni sé. Es a lo que aspiramos, pero...

EL RECTOR. ...quizá no sea cierto.

EL MINISTRO. ¿Cómo dice?

EL RECTOR. Quizá no tengamos tanto control sobre esos focos de contagio. Seamos honestos con nuestras limitaciones.

EL MINISTRO. A ver si entiendo. ¿Nunca acabamos en verdad con esas plagas? ¿Nunca llegamos a asfixiarlas?

LA DECANA. Ministro, mejor que sepa la verdad por nosotros.

EL MINISTRO. ¡Qué desgaste! Qué desperdicio de energía, instrumental quirúrgico, horas de estudio y experimentos.

LA DECANA. El papiloma y las hemorroides se reproducen con una rapidez espantosa.

EL RECTOR. Y no entienden del clima. En mis apuntes al Alto Mando está subrayado en rojo. Pandemia grado 5. Les da lo mismo el calor que el frío, la nieve que la humedad relativa. Por muy adversas que sean las condiciones, tienen la fortaleza para reproducirse.

MAYKEL RAFAEL PANEQUE

EL MINISTRO. Me siento defraudado. No puedo decir eso a mis superiores. ¿De veras gran parte de nuestros esfuerzos fueron en vano?

LA DECANA. En cierto sentido, sí.

EL RECTOR. Entiendo su desilusión, Ministro. Luchamos a brazo partido, pero nos ganaron la guerra.

EL MINISTRO. Resumiendo: hicimos el ridículo.

La Decana. ¡No!, ¡el ridículo nunca, Ministro! Hicimos lo que teníamos que hacer. Hicimos lo que nos ordenaron.

EL RECTOR. Me acaba de dar un bajón. ¿Será la azúcar que la tengo baja?

LA DECANA. Si está esperando un turrón de maní, bájese de esa nube. Ni siquiera guarapo le van a traer.

EL RECTOR. La verdad no espero nada bueno de esos auras. Esa furia con la que me soplaron el gaznatón lo dice todo. Tengo afectado el oído.

VOZ DEL HIJO. Hay tantas cosas que pude y no fueron: la semilla fecundando un abismo de tierra, cruzar el océano sin fingir que se atraviesa desconsolado una isla, llamar a la utopía por su nombre. Hay tantas cosas que pude, Madre. Llamar al traidor por traidor, al espía por espía, negar una y otra y otra vez los milagros del reino. Pero no fueron, Madre. No fueron. No fueron.

EL RECTOR. ¡Al fin sin capucha!

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

ENRIQUE. ¿Van a desembuchar ya, perros? ¿O les damos un tiempito más en las tinieblas?

LA DECANA. ¡Pensé que no volvería a ver la luz! Empezaba a olvidar los objetos, las caras.

ENRIQUE. A ver, perros. Comiencen a ladrar.

JAVIER. Queremos la confesión.

EL RECTOR. ¿Serán testarudos los rapiñas estos? ¡Rememorar algo que pasó hace tanto tiempo!

LA DECANA. ¿Pero qué edad tendrán este Javier y este Enrique?

EL RECTOR. Sí, el Moco y el Buitre ese, ¿tendrán veinticinco, treinta años? Por más que busco en mis recuerdos, no logro relacionarlos con esos muchachos de antes.

EL MINISTRO. Uno puede ver en sus ojos enardecidos la infundada venganza. Solo hay que mirarlos de frente para ver lo que sienten: ser los nuevos celadores de la memoria histórica. Hablan de la memoria como si estuvieran por encima de ella.

VOZ DE LA MADRE. Salí del cementerio cuando las cornetas empezaron a sonar. Quería ser parte de la comitiva que daba la bienvenida a los conversos, a los infelices operados del corazón, de la vista y tantas partes saludables del cuerpo. Y caminaban encorvados, ¿pero contentos? Y en sus ojos había alegría, ¿pero de qué lloraban? Y su voz se escuchaba clara, ¿pero de qué hablaban? Por más que presté atención, nada entendía.

EL MINISTRO. Mi conciencia, al menos la mía, está limpia. No tiene nada que reprocharse. Si naciera de nuevo elegiría ser médico y burócrata. La misma cosa. Que conste.

49. Recuerdo esa noche como si fuera hoy, ¿qué les parece?

92. Salíamos del teatro Hubert de Blanck, animados, comentando *La noche de los asesinos*.

VOZ DEL HIJO. Porque asistí al demencial fulgor, a eso que llamaron la falsa magia del último relámpago, puedo nombrar la noche, su hechizo brutal y redundante.

58. César, Tomás, Eduardo y Marcos, decidimos pasar un rato en el parque Villalón.

NATHALIE. Ah, la noche. La misma que una y otra vez resucita y no deja instaurar el olvido.

JAVIER. Buitre, estos perros se han puesto de acuerdo. Han decidido hacer silencio. Con el deseo que tengo de que vomiten su pasado.

ENRIQUE. Tranquilo, van a vomitar. Les sobra miedo.

EL MINISTRO. Estos putos héroes de la nada. Quisiera haberlos visto cuando se necesitaba tener güevos de verdad a ver qué iban a hacer, dónde iban a meterse.

49. La mayoría de los bancos del parque estaban ocupados. Decidimos compartir con otros la bancada semicircular de mármol que está detrás del monumento a Gonzalo de Quezada y Aróstegui. Tomás interpretaba a Beba,

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

Marcos a Lalo, yo a Cuca. En otras, Eduardo imitaba al juez, y Delfín al sargento y al fiscal. Algunos nos observaban celebrando la ocurrencia con más de un guiño. Desde los bancos, bajo los árboles, o detrás de los arbustos, llegaban susurros, gemidos, griticos exagerados, burlas, risas, algún que otro shhh. EL MINISTRO. Gallinas culecas, eso parecían. Exhibiendo el moquillo al por mayor. Andaban en manadas como esos patos salvajes que cruzan el horizonte para emigrar.

EL RECTOR. Buitres con cataratas. Carroñeros con otitis. Tiñosas con los ojos vendados. Hurones de espaldas al glorioso porvenir. Eso eran.

EL MINISTRO. Había que reclutarlos, internarlos en La Granja, y de paso que hicieran algo útil. ¿Quién dijo que asmáticos y diabéticos no pueden sembrar papas y cosechar boniatos? ¿En cuál manual de salud dice que cardiópatas y hemipléjicos no pueden cortar cañas, roturar la tierra, echarle abono? Si con hemorroides, papiloma y gonorrea, estos infestados se iban de parranda, ¿por qué no ir entonces a guataquear al campo? Sé de buena tinta que así se elimina la bronquitis, la miopía, la gonorrea, los herpes y las escaras. El país en alarma epidémica y estos de juerga, festejando como si se hubiera acabado el mundo, pajareando por ahí, cacareando sermones bíblicos, música infecciosa. Pregúntenle dónde creían que vivían.

En Gomorra, eso van a decir. Pregúnteles su cantante preferido. Elvis Presley, eso van a contestar. Por eso se llenaron de vitiligo y de tantas enfermedades.

58. Serían las diez de la noche cuando la furgoneta frenó en seco a nuestras espaldas. ¿Cuántos enfermeros eran, Tomás?

61. Unos diez. Se desplegaron en dos grupos. Tres permanecieron con nosotros, el resto se desperdigó hurgando en los escondrijos del parque. Iban requisando las personas sentadas en los bancos, buscaban entre los arbustos de flores, dentro de la fuente, detrás de la estatua de mármol que oficiaba de surtidor, ¿recuerdas, Eduardo?

92. Con total claridad. Como si fuera hoy.

LA DECANA. Los muy tontos. Se creen mejores que nosotros.

VOZ DE LA MADRE. Si el invento hubiera sido útil, mis plegarias hubieran sido escuchadas y el padre de mi hijo tendría los dedos destrozados, pero el alcohol lo volvía cauteloso. Mientras ponía el sebo en la trampa, yo recordaba los ojos fosforescentes de las ratas que correteaban por las vigas del techo y dormí esa noche sin escuchar el ruido del telegrama arrastrarse por el suelo. Y al despertar fue a mi hijo al que cazaron, fue a él a quien llamaron rata.

92. Se desplazaban frenéticos en silencio. Parecían mudos.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

VOZ DEL HIJO. No hay que esperar la noche y su vacío temerario para comprobar el existir de voces nómadas inundando la calma. Esos desgarreros solitarios que vienen a declarar el desasosiego, tienen por rostro inclemencia y distintos asomos de pesadillas. No estamos hechos para custodiar la noche. Tal vez nombrarla sea una manera de purificarla contra el miedo, contra esos salmos guturales que vienen a instaurar el insomnio como si de una medicina del alma se tratara.

61. No hicieron preguntas. A empujones nos obligaron a subir en la furgoneta cubierta de una lona oscura. Hasta que la llenaron. Luego escuchamos el parte.

LA DECANA. Yo di el parte, ¿y qué? 13 casos de hemorroides. 11 de papiloma. 9 casos de otitis. 7 con glaucoma. 6 con herpes. 5 diabéticos. 4 cardiopatas. 1 con apendicitis. Pido autorización para llevarlos a la clínica 1.

92. Marcos y yo nos miramos asombrados, ¿acaso estábamos soñando? ¿A dónde nos llevan?, pregunté.

EL RECTOR. A un balneario, ¿dónde sino?

EL MINISTRO. A eso le llamo eficiencia. Precisión. Cumplimiento del deber. Ejemplaridad. Discreción total. Uso del despiste para desinformar al enemigo. Un informe conciso, sin cabos sueltos. Ahora bien, Marcos León y los otros auras, ¿qué eran? Enfermos. Resuelto el

problema. Vimos fiebre y salpullidos en lo que iba camino a las escaras y al pus de no combatirlo a tiempo, tullidos de mierda.

61. César, a ti te dio una crisis de asma.

49. No quedó siquiera un espacio libre sobre las tablas donde sentarse. Muchos detenidos tuvimos que sentarnos en el piso, a como pudiéramos. Ahí me empezó el ahogo.

92. Nos mirábamos en silencio sin querer entender, pero comprendiéndolo todo.

LA DECANA. Ahora es fácil venir a pedir cuentas pendientes.

EL MINISTRO. Allá, en aquel entonces, hubieran bajado la cabeza como todos los que intentaron alzarla. Son hijos de perros rabiosos a quienes cortamos la rabia de cuajo. Eso son. Que conste.

ENRIQUE. Miren el regalito que les traigo.

LA DECANA. Ahora sí me voy a caer de culo, ¿ese es Marcos León? No puede ser.

MARCOS. No me mire así como un fantasma. Soy el mismítico Marcos León, en carne y hueso. No me hago pasar por otro. Y para que lo sepa desde ya, no va a salirse con las suyas. No crea que puede dictaminar enfermedades y propiciar expulsiones, sin que todo ello tenga consecuencias.

LA DECANA. Seguí el turno de clases en la Universidad, por supuesto. Qué me iban a intimidar a mí unos asustados.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

ENRIQUE. Los perros se resisten a ladrar.

JAVIER. Habrá que pincharlos con algo a ver si al menos se quejan.

MARCOS. Volvieron pulpa mi poemario *Oda a Natacha Lubianka*.

LA DECANA. ¿Y qué querías, idiota? ¿Qué te dejamos suelto con esa catarata en los ojos? ¡Deja de mover tanto las manos! ¡Pareces un títere!

MARCOS. Y mi libro «Memorias de un balneario» se quedó en las pruebas de galeras.

EL MINISTRO. Si le sirve de acicate el director de la editorial cogió lo suyo y lo mandamos a rehabilitación también. Por dormirse en los laureles.

LA DECANA. Porque para publicar, ya sea una oda o un panfleto, necesita una receta del oftalmólogo. Con su firma y su cuño.

EL RECTOR. Y una sugerencia para el futuro: cero alusiones al salón de operaciones. El Quirófano, El Sanatorio, nunca existieron. Quiero decir, lo olvidamos. Murieron. Hay que mirar al frente. ¿Entendió?

ENRIQUE. Ladra, perro.

EL MINISTRO. Eso que escuchó, lo mandamos para una fábrica. Usted será el primero en encabezar el experimento.

VOZ DEL HIJO. Madre, no creo en los partos. Aquí siempre anochece. Me aterra lo que viene después de las cesáreas.

MARCOS. ¿Un experimento? ¿A dónde?

MAYKEL RAFAEL PANEQUE

EL RECTOR. A una fábrica cualquiera, ahí lo mandamos. Según nuestros cálculos, ahí la catarata va a retroceder enseguida. En un abrir y cerrar de ojos verá que ya no tiene nada en la vista.

LA DECANA. O si lo prefiere lo mandamos a las microbrigadas a meter las manos en el hormigón y el acero.

EL RECTOR. El lugar de los escritores es la trinchera, compañero, el contacto diario con el hombre saludable. Es decir, la clase obrera, el campesinado.

LA DECANA. Con ellos respirará aire puro, emociones sanas, patriotismo. Adiós catarata.

EL MINISTRO. Ese roce diario estimulará nuevos temas acordes con nuestras metas. Cuando la catarata esté a kilómetros luz de sus ojos verá un sol resplandeciente y gritará emocionado: ¡qué bella es la dictadura del proletariado! ¡Me han tratado la vista de gratis!

MARCOS. Uff. Siempre me han aterrado las dictaduras. La del proletariado no sé por qué tendría que ser la excepción.

EL MINISTRO. ¿Qué dijo? ¡Hable alto, carajo!, ¿tiene miedo?

El Rector. ¿No imagina acaso sus poemas, sus cuentos, surgidos ahí, en el fragor del trabajo diario en una microbrigada?

MARCOS. La verdad no me imaginé nunca trabajando en una fábrica.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

NATHALIE. ¿Ahí lo mandaron? Pensé que lo colocarían en algo mejor.

MARCOS. ¿Qué podría ser mejor?

NATHALIE. No sé. Catalogando libros en una biblioteca. Traduciendo libros técnicos o literatura rusa.

EL MINISTRO. Ahí lo tiene. Otro cáncer a combatir: la ironía. Nunca entendieron que no toleraríamos ninguna burla, ninguna ofensa, por muy solapadas que estuvieran. Ahí tiene el resultado de esos cafecitos y clubes nocturnos. Lo que hacen es intoxicarlos. De humo, de ideas venenosas, de bohemias. ¿Entiende ahora lo que le proponemos?

MARCOS. Sí. Someterme a un tratamiento ocular en el acero o el hormigón. Para purificarme. Renacer.

58. ¿Purificarnos, renacer? Estos queloides, miren bien mis manos, es culpa de esos enfermeros degenerados.

EL RECTOR. ¿No cicatrizaron? No entiendo la queja, la incomprensión. El herpes desaparece con el contacto prolongado del sol. Esos poros de la tierra contienen fango botánico.

58. ¡Pero si no tengo herpes!, les gritaba. Déjenme ir a casa. Quiero irme.

LA DECANA. No estabas curado, hurón. Y para que lo sepas: esas ronchas siguen siendo contagiosas.

NATHALIE. Las enfermedades me ponen nerviosa, tengo que admitirlo.

MAYKEL RAFAEL PANEQUE

EL RECTOR. Compañero, está irremediablemente podrido. No sé cómo puede pensar y menos escribir.

MARCOS. ¿Tan grave es la cosa?

EL MINISTRO. Ahora ninguno recuerda que debíamos sanarlos. Ahora todo resulta color rosa. ¡Flojos, calumniadores, malagradecidos!

LA DECANA. Lo estamos salvando de una gangrena, compañero.

MARCOS. Ah, no sabía que estaba tan enfermo.

EL RECTOR. Canceroso, diría yo.

NATHALIE. El médico le recetaría una dieta especial, imagino.

49. Es una broma, ¿no? Desayuno: un poco de leche aguada y un trozo pequeño de pan duro. Almuerzo: algo de sopa y arroz, y en la comida boniato o papa hervida. A veces espaguetis, harina de maíz. ¡Vaya dieta para un Sanatorio!

EL MINISTRO. Vemos que entiende, compañero. Puede irse. Ah, espere un momento. Hemos razonado de inmediato que hace más falta en Vulcano. Una fábrica de chatarra.

MARCOS. ¿Y dónde queda eso?

LA DECANA. En el Cotorro.

MARCOS. ¿Cotorro?

EL MINISTRO. Más o menos en el culo del mundo.

49. Después de doce horas de trabajo agrícola regresábamos al Sanatorio desfallecidos y con las mismas enfermedades: tortícolis, glaucoma y hemorroides... Íbamos derechito a los

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

baños termales, luego a comer el sancocho y enseguida el conteo. Daban el silencio a las diez de la noche.

EL RECTOR. Los obreros allí necesitan que los cultiven, les enseñen a escribir. Ellos son quienes redactarán la historia de la Campaña de Higienización. Puede irse, cierre la puerta cuando salga, compañero. Ah, algo más. Siéntese.

MARCOS. ¿Cómo?

EL RECTOR. Eso mismo. Tome este papel y lápiz.

MARCOS. No entiendo.

LA DECANA. Claro que entiende. Hágase una autocrítica.

MARCOS. Me acaban de echar un cubo de agua fría.

58. Eduardo, recuérdale al postrado las técnicas que los enfermeros empleaban cuando perdían el estribo.

92. Aplicaban «El Ladrillo».

58. ¿En qué consistía? Seamos precisos.

92. En parar al enfermo sobre dos hileras de ladrillos durante horas hasta que se le anestesiaran las piernas.

58. Tomás, refréscale más la memoria al Doctor Callejo, conocido también como El Viti, El Pinto, El amo del Cuadrilátero.

61. A sus enfermeros les encantaba jugar con la resistencia del cuerpo humano.

58. Detalles, por favor.

61. Nos colgaban de una viga, uno de sus deportes favoritos.

58. ¿Cómo le llamaban a esa técnica?
61. «El Trapecio».
58. ¿Y consistía en...?
61. Suspendernos por las muñecas en el aire hasta que se nos apagara la tele.
- NATHALIE. ¿Cómo dijo?
61. Hasta que nos quedáramos sin conciencia.
- NATHALIE. ¡Y eso para qué!
58. Para operar sin anestesia.
- NATHALIE. ¡Estoy espantada!
58. Resume, César.
49. Yo mismo sufrí «El Barril».
58. Sin rodeos.
49. Me sumergían la cabeza una y otra vez dentro del agua. Decían que así se iba el asma.
58. ¿Eso es todo?
49. También padecí «El Embudo».
58. En pocas palabras...
49. Me tapaban la cara con una gaza y por la obertura de la boca vertían agua.
58. ¿Y eso para qué?
49. Para que pudiera orinar. Padecía, según ellos, de insuficiencia renal.
58. ¿Algo más?
49. Por suerte no pasé por «Las Chapas». Dicen que te las colocaban en las rodillas hasta que las chapas se fundieran con la sangre, la carne y astillara los huesos.
58. Resumiendo.
49. Para evitar, según ellos, la enfermedad cono-

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

cida como La Gota.

EL MINISTRO. De mí, ¡jamás!, escúchenlo bien, ¡nunca saldrá la palabra perdón!, si es lo que esperan de mí, cacho de idiotas. Seguiré siendo el mismo silencio. No tengo nada de que arrepentirme. Ávila, Mirta y yo hicimos lo que teníamos que hacer. Y volveríamos a repetir el tratamiento si fuera necesario. Que conste.

MARCOS. ¿La confesión bastará para quebrar el silencio? Si así fuera me propongo como voluntario en primera fila.

EL RECTOR. Aun así, no se tire tantos delitos encima. Tres o cuatro son suficientes, ¿entiende? Tampoco queremos que peque de exagerado.

NATHALIE. La verdad, no entiendo. Es decir, la verdad, sí entiendo.

LA DECANA. Queremos decir que no se ensañe tanto contra usted mismo. Con decir que siente bochorno de haber escrito un libro desalentador para el espíritu de la época, con proclamar su actitud pesimista ante la Campaña de Higienización, con admitir que su catarata ha sido la culpable de ver tan borroso lo que tanto brilla por sí solo, con decir fui un ciego malagradecido; con esas lamentaciones basta, ¿cae en lo que le pedimos?

NATHALIE. ¡Eso no es una autocrítica! ¡Es un panfleto, por Dios!

MARCOS. Una comedia humana.

EL RECTOR. Vemos que entiende. No imagina cuánto nos alegra. Ahora redacte su autocrí-

tica de forma sencilla. Pero bueno, ¿dejará de mover las manos? Parece un muñeco bailando a las cuerdas.

MARCOS. Aquí tiene.

NATHALIE. ¡No!

LA DECANA. Muy bien, un título muy acorde *La primavera de Yanán*. Da idea de algo que brota sano y por voluntad de la naturaleza.

EL MINISTRO. Ojo con ese hurón cegato, Ávila. Usted también, Mirta. No olviden que esos escritorzuelos cuando dicen una cosa siempre están insinuando otra.

EL RECTOR. Una confesión perfecta. Ahora firme aquí abajo.

MARCOS. ¿Con mi nombre viejo o con el nuevo que me están dando ahora?

LA DECANA. Ponga Marcos León, El Renacido.

EL RECTOR. O El Iluminado. ¿Y ese tic nervioso en la cabeza? ¿Acaso tiene miedo? No hay nada que temer. Usted es un hombre nuevo a partir de hoy. Eso debería tranquilizarlo, compañero. Aquí tiene un espejo. Observe bien su cara. ¡Sus ojos! ¿Qué ve? Un futuro promisorio, ¿verdad? En fin, póngase un sobrenombre que dé idea de su nuevo estado de ánimo.

MARCOS. ¿Pudiera ser Marcos León, El Mesías?

LA DECANA. No haga chistes en contra de la generosidad que el Departamento de Salud Higiénica está teniendo con usted. Le puede salir cara la broma.

LA MÁQUINA DIFAMATORIA

NATHALIE. ¿El Renacido? ¿El Iluminado? ¿Se burlaban acaso?

EL RECTOR. ¡No mueva tanto las manos! Sino tendremos que internarlo de nuevo para curarle los temblores.

LA DECANA. Mirándola bien, su escritura es torpe y abigarrada. Me huelo que es un escritor de provincia, ¿estoy en lo cierto?

EL RECTOR. ¡Deje las manos quietas, carajo!

MARCOS. Según ellos, hasta mi alma podían descifrar con tan solo asomarse a mi letra.

NATHALIE. Ah, no sabía que estaban tan adiestrados. ¡Hasta expertos en caligrafía eran nuestros médicos! ¡Qué dichosos hemos sido desde el principio!

MARCOS. ¿Le parece bien así?

LA DECANA. Perfecto. Ahora selle el documento con un Viva la Campaña de Higienización y las Unidades Médicas de Salvación.

MARCOS. ¿Ya puedo irme?

EL RECTOR. Sí. Ah, un momento.

MARCOS. Diga.

EL RECTOR. Hable de la fe que tiene depositada en nuestro tratamiento. Que su voz llegue a la Cruz Roja Internacional. Dé el testimonio de su pasantía en la fábrica a quien lo quiera escuchar y a los sordos también. Expresé con soltura y emoción que logra ver gracias a nosotros.

MARCOS. ¿Puedo irme ya?



MAYKEL RAFAEL PANEQUE

EL MINISTRO. Una última solicitud y puede marcharse: sóplenos al oído bien bajito quiénes son esos otros, como usted, que usan espejuelos. Le prometemos solemnemente que también les trataremos la vista gratis.

Premio Franz Kafka de Novela

- 2008 ORLANDO FREIRE SANTANA
La sangre de la libertad
- 2009 ORLANDO LUIS PARDO LAZO
Boring Home
- 2010 ERNESTO SANTANA
El Carnaval y los Muertos
- 2011 AHMEL ECHEVARRÍA
Días de Entrenamiento
- 2012 FRANK CORREA
Larga es la noche
- 2013 ÁNGEL SANTIESTEBAN PRATS
El verano en que Dios dormía
- 2014 ABEL ARCOS
9550. Una posible interpretación del azul
- 2015 JULIO JIMÉNEZ
Un mundo tan blanco
- 2016 ABEL FERNÁNDEZ-LARREA SHLEMIEL.
Aventuras y desventuras del señor Mostaza
- 2017 NONARDO PEREA
Los amores ejemplares
- 2018 MARTHA ACOSTA ALVAREZ
La periferia
- 2019 JOSÉ ALBERTO VELÁZQUEZ
Cierra los ojos, no respire
- 2020 MARTHA LUISA HERNÁNDEZ CADENAS
La puta y el hurón
- 2021 RICARDO ALBERTO PÉREZ
Arácnidos
- 2022 RAÚL FLORES IRIARTE
Después de la noche